

# Función del odio en la constitución del yo y el lazo social

## *The Function of Hatred in the Constitution of the Ego and the Social Bond*

**Victoria Luisetti**

Correspondencia:  
vickyluisetti@hotmail.com

Filiaciones Institucionales:  
Universidad Nacional de Rosario (UNR)

**RESUMEN:** Este ensayo propone una aproximación a la función del odio como modalidad de lazo en la era digital. Desde una perspectiva psicoanalítica inscripta en la tradición freudiana y en diálogo con otras líneas de desarrollo, se analiza el odio como respuesta originaria defensiva frente a lo displacentero y, al mismo tiempo, como operador de ligadura que articula masas. Se examina la incidencia de las redes sociales y sus algoritmos en la creación de burbujas informativas que refuerzan creencias preexistentes y excluyen lo diferente, reduciendo la alteridad a un objeto odiable. Se desarrolla la idea de que el odio puede funcionar no solo separando al sujeto de lo que rechaza, sino que puede unirlo a otros que comparten ese rechazo y/o mantener una ligazón paradójica con el objeto odiado. Finalmente, se plantea que el odio, lejos de ser un fenómeno meramente negativo, puede leerse como una manifestación constitutiva cuya fijación como forma exclusiva de lazo empobrece el vínculo social, abriendo la pregunta por otros posibles destinos libidinales.

**PALABRAS CLAVE:** odio - identificación - lazo social - redes sociales - formación del yo

### **Cómo citar:**

Luisetti, M. (2026). Función del odio en la constitución del yo y el lazo social. En *Revista Psicoanálisis en la Universidad* Nº 10. Rosario. Argentina UNR Editora. Pág 49-61

ISSN: 2683-9938 (en línea)



**Licencia:** Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

### **Responsabilidad editorial:**

Universidad Nacional de Rosario.  
Argentina. Facultad de Psicología.

### **Recibido:**

18 - 09 - 2025

### **Aceptado:**

07 - 03 - 2026

### **Publicado:**

25 - 05 - 2026

**ABSTRACT:** This essay proposes an approach to the function of hatred as a mode of social bond in the digital era. From a psychoanalytic perspective grounded in the Freudian tradition and in dialogue with other lines of development, hatred is analyzed as an originary defensive response to what is experienced as unpleasurable and, at the same time, as a binding operator that articulates masses. The paper examines the impact of social media and their algorithms in the creation of informational bubbles that reinforce preexisting beliefs and exclude difference, reducing alterity to a hateable object. It develops the idea that hatred may function not only by separating the subject from what is rejected, but also by uniting them with others who share that rejection and/or by maintaining a paradoxical bond with the hated object. Finally, it argues that hatred, far from being a merely negative phenomenon, can be read as a constitutive manifestation whose fixation as the exclusive form of social bond impoverishes the social link, opening the question of other possible libidinal destinies

**KEY WORDS:** Hatred – Identification – Social bond – Social media – Ego formation

## INTRODUCCIÓN

Con el surgimiento de las redes sociales, a principios de los 2000, emergieron nuevas formas de expresión que, poco a poco, se integraron en nuestra vida cotidiana, ganando tanto espacio como protagonismo en el día a día. Los discursos y opiniones se propagan veloz y fugazmente por el ciberespacio, dando la sensación de estar llevando adelante intercambios con otros y generando lazos. Sin embargo, un hecho llamativo en los últimos años es el tinte que fueron tomando muchas de estas expresiones. El odio comenzó a ocupar un lugar especial en las declaraciones y exposiciones virtuales. Sumado a esto, el algoritmo va favoreciendo una división, una polaridad, entre las propias opiniones, entendidas como verdades, y lo que no forma parte de ellas o que llega a contradecirlas: lo falso. Así, los matices intermedios desaparecen.

De estas observaciones se desprenden dos fenómenos: primero, la alteridad pasa a tomar, entonces, el lugar de lo odiado, conformándose el odio como el lazo que liga al yo con su objeto. Segundo, simultáneamente, se va conformando una masa de individuos que se convocan e identifican entre sí a partir de odiar lo mismo. Por lo tanto, el odio liga al yo con su objeto y, a su vez, le permite formar parte de una masa.

Algunas categorías a trabajar serán las de la formación del yo y las identificaciones, a partir de las cuales se examinará cómo se ven afectadas en el contexto señalado, es decir, donde se encuentra el odio operando como eje articulador y conductor común: se indagará cómo el odio dirigido hacia determinados objetos o ideas se percibe y se enlaza con la vivencia de

un daño a lo propio o con la amenaza a la masa, y, en consecuencia, a la ilusión de completud que esta sostiene.

Además, se explorará de qué manera la alteridad se ve reducida dentro de una realidad diseñada a medida, y su relación con el odio. Como se mencionó más arriba, estos modos de hacer lazo se ven potenciados por el algoritmo que favorece la polarización. El sujeto se encuentra *casualmente* con ideas que ya tenía en mente, con gente que piensa y odia lo mismo. La *verdad* y lo que *está bien* es lo que se ve en la pantalla. Pero si se hace presente algo distinto pueden pasar varias cosas: un intento será el de asimilarlo, volverlo parte del *propio bando*, si esto no sucede, pasará a ser clasificado como odiado, o correrá la suerte de ser objeto de indiferencia. Así, Cevasco y Zafropoulos (2001) advierten que se trata de una operación que es posible a partir de la construcción de una ficción que funciona como “una máquina de clasificar y marcar *a...*”. Esta clasificación debe su eficacia a la continua acreditación del enemigo como instrumento amenazante de una potencia extranjera. Si bien los autores sitúan este mecanismo en el marco de las formaciones nacionalistas, su lógica puede pensarse hoy en el funcionamiento algorítmico. En este sentido, resulta productivo pensar al algoritmo como operador contemporáneo de esa ficción clasificatoria, en tanto organiza el campo de lo visible y distribuye posiciones de pertenencia y exclusión.

Éric Sadin (2022) plantea que hoy el espíritu de época, el *ethos*, no está marcado por la voluntad de actuar positivamente sobre el curso de las cosas, o sea, de construir y modificar virtuosamente las diversas situaciones, sino que lo distintivo es el resentimiento y la necesidad impulsiva

va de liberarse de ellas. Entonces, siguiendo esta línea, al otro hay que vencerlo o expulsarlo y no, en su lugar, generar un intercambio de opiniones en pos de crear, modificar algo o de la reflexión.

El que plantea un modo distinto de pensar es odiado, y si odiamos lo mismo somos masa. Respecto a la posibilidad del odio como conductor de una masa, Freud (2017) escribe que el conductor o la idea conductora podrían volverse también, digamos, negativos. Nos dice que el odio a determinada persona o institución podría producir igual efecto unitivo y generar parecidas ligazones libidinosas que la dependencia positiva.

¿Por qué se odia lo que se odia? Una primera idea es que se trata de un objeto que –se cree– produce un daño o perjuicio a la propia persona, o quizás, que produce un tambaleo en el armado de la propia imagen y del yo, lo cual llevaría al cuestionamiento de lo propio.

La hipótesis que orienta este trabajo es que el odio, más que un fenómeno contingente, constituye una modalidad de lazo que compromete la economía libidinal y tensiona las condiciones de la práctica analítica.

## LA CUESTIÓN DEL ODIO

Comencemos por la cuestión del odio partiendo del texto freudiano “Pulsiones y Destinos de Pulsión” de 1915, donde el odiar tiene un sentido originario: se odia al mundo externo que es percibido como hostil. Siguiendo el texto mencionado, al comienzo hay una indiferencia hacia el mundo exterior, se trata de un momento de autoerotismo. Sin embargo, el yo

recibe del mundo exterior objetos como consecuencia de sus vivencias, respecto a los cuales, por un tiempo, serán distinguidos como displaceros ciertos estímulos pulsionales interiores. Sin embargo, al interior del yo, se lleva adelante un desarrollo del principio de placer: el yo recoge los objetos que llegan del mundo exterior, en la medida en que son placenteros, serán introyectados, mientras que a los que ocasionan displacer, se los expelle. Entonces, señala Freud (2013a) “Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca, se muda en un yo-placer purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro” (p.130). Esta cita destaca cómo, según Freud, el yo se desarrolla desde una percepción inicial de realidad hacia una estructura más compleja centrada en la búsqueda del placer. Esto implica que el yo no solo responde pasivamente a estímulos, tanto internos como externos, sino que activa un proceso interno donde busca maximizar el placer y minimizar el displacer.

El “yo-placer purificado” al que Freud se refiere representa una transformación en la que el yo se esfuerza por mantener una experiencia interna placentera, rechazando activamente lo que provoca malestar. Esta idea es crucial porque muestra cómo el odio, en este contexto, surge como una respuesta defensiva: el yo expulsa o rechaza aquello que amenaza su equilibrio placentero, lo que puede traducirse en odio hacia estímulos externos percibidos como hostiles.

Además, esta cita puede abrir la puerta a una discusión sobre cómo el odio no es un elemento aislado, sino parte de un proceso más amplio donde el yo intenta pre-

servar su integridad. El resultado, en este momento, es que el mundo exterior “se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno” (Freud, 2013a, p.130). Del propio yo se ha desprendido un componente, por causar displacer, ser sentido como hostil, que se localiza ahora en el exterior.

Por lo tanto, ese mundo exterior de objetos, al cual el yo era indiferente en el autoerotismo, ahora pasa a coincidir con lo displacentero. La indiferencia se subordina al odio, es su precursora. Con el ingreso del objeto a la economía del yo nos encontramos ya en la etapa del narcisismo primario, en la cual ya se despliega también una de las antítesis del amor: el odiar.

Sólo más tarde, el objeto puede revelarse como fuente de placer, al cual uno intenta acercarse e incorporar al yo, es decir, se lo ama. A la inversa, si el objeto es fuente de displacer, se intenta aumentar la distancia entre él y el yo, imitando ese intento originario de huida de la hostilidad exterior. De este modo, para el yo-placer purificado el objeto sigue coincidiendo con el exterior. “Sentimos la «repulsión» del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo” (Freud, 2013a, p.131). Entonces, en este sentido freudiano, el odio se corresponde con la lucha del yo por conservarse y afirmarse, para lo cual es necesario eliminar todo aquello que atente contra este propósito. Así, el odio se vincula con la aniquilación al objeto y funciona como un operador de separación respecto de aquello que es vivido como amenazante para el yo. Sin embargo, veremos que el odio fracasa en su fantasía de purificación; en su intento de eliminar la alteridad, el sujeto se enreda más profundamente en ella

## EL ODIIO COMO LAZO

En “El malestar en la cultura”, Freud (2014b) nos señala que la cultura estimula las identificaciones para poder generar lazos amorosos de metas inhibidas. Vivir en la cultura implica frustraciones, y una de ellas es la renuncia a las inclinaciones que puedan llegar a perturbar o disolver los vínculos. No obstante, Freud (2014b) menciona que existe una alternativa a la total renuncia: la posibilidad de que las personas se congreguen a costa de que otros queden fuera y así poder manifestar hacia ellos las inclinaciones perturbadoras, al mismo tiempo que es facilitada la cohesión entre individuos dentro de una masa libre de “perturbaciones”.

Entonces, la cultura pretende ligar entre sí a los miembros, valiéndose de todos los medios para promover fuertes identificaciones entre ellos, pero un interrogante se desprende y es sobre qué base se producen estas identificaciones si no hay un conductor. Para reflexionar, aquí puede ser útil la literatura, Umberto Eco escribe: “Ahora bien, el sentimiento de la identidad se funda en el odio, en el odio hacia los que no son idénticos (...) El enemigo es el amigo de los pueblos (...) El odio es la verdadera pasión primordial” (2010, p.102). Entonces, se puede establecer que ese objeto exterior al que se dirigía el odio originariamente y que se buscaba eliminar, ahora se transforma en el punto que articula a una masa. El otro, aquel al que se dirige el odio, encarna el afuera perjudicioso, porque es diferente y atenta contra lo propio. Si bien pueden existir referentes, no hay un ‘conductor’ del que dependa la cohesión, sino un objeto común a odiar. Entonces, este otro que puede hacerme daño se vuelve necesario: es preciso que

exista una alteridad a odiar para formar una masa. No importa tanto el objeto en sí, sino que uno pueda ligarse a él a través del odio. Así, el odio no funciona como separador, o eliminador, sino como lazo.

En este punto, la lógica identificatoria resulta central. Como señalan Cevasco y Zafropoulos (2001), se ama según la identificación, y se odia también según ella, pero al contraidentificado. Asimismo, la figura misma de la idealización —soporte del rasgo identificatorio— puede concentrar tanto la libido amorosa como el odio más primario. Esto recuerda al Dilema del erizo, escrito en 1851 por Schopenhauer. Proviene de una fábula que ilustra cómo los erizos, cuando se acercan demasiado entre sí para buscar calor, se pinchan con sus espinas, lo que les lleva a separarse para evitar el dolor. Esta metáfora sirve para pensar la dificultad en el establecimiento de lazos dada la tensión existente entre la necesidad de reconocimiento del otro y la lucha por conservarse. El odio funciona como posible solución a esta ambivalencia: se establece una distancia con aquello que amenaza a lo propio, a la vez que se lo sostiene como objeto. En otras palabras, el odio separa, pero al mismo tiempo une.

Se puede pensar, desde otro lugar, lo que plantea la teoría de los conjuntos. Para que se forme una masa es necesario que exista un elemento excluido. Este elemento, paradójicamente, sería el conductor, aquello que, a pesar de su relevancia en el proceso, es precisamente el que queda fuera. La idea central es que la inclusión y la exclusión son procesos complementarios y esenciales en la formación de cualquier masa, donde la existencia del todo depende, en parte, de aquello que queda excluido.

En este punto, resulta interesante retomar la función del juicio de atribución que Freud (2014a) desarrolla en su texto “La negación”. Allí establece una diferenciación entre dos clases de juicio: un juicio de atribución y un juicio de existencia. En otras palabras, esta distinción puede pensarse como la realización de dos decisiones fundamentales. La primera decisión consiste en atribuir o despojar una propiedad a un elemento determinado. Esto implica un proceso en el cual el yo evalúa y decide si una característica particular debe ser asociada con un objeto o, por el contrario, si dicha característica debe ser retirada. Posteriormente, el juicio debe decidir si admite o impugna la existencia misma de la representación de dicho elemento. Freud ilustra este proceso con el ejemplo de la frase: “Quiero introducir esto en mí o quiero excluir esto de mí” (2014a, p. 254). Este ejemplo refleja claramente una oposición binaria entre el adentro y el afuera, el interior y el exterior, estableciendo una dinámica fundamental en la construcción del yo.

Este proceso dual sugiere que el yo-placer originario busca introyectar lo que es percibido como bueno o deseable, mientras que simultáneamente intenta expulsar lo que es considerado malo o dañino. Así, el sujeto realiza una operación constante de selección y rechazo, donde el juicio juega un papel central al decidir qué debe ser aceptado y qué debe ser rechazado.

La segunda decisión del juicio, según Freud (2014a), se refiere a la existencia real del objeto representado en el mundo exterior. En esta etapa, el juicio trasciende la simple evaluación de si lo percibido es aceptable o no, y aborda una cuestión más ontológica: si esa representación tiene correspondencia con una realidad exte-

rior que pueda ser verificada. No se trata únicamente de decidir si lo agradable o lo hostil debe ser acogido dentro del yo, sino de establecer si esa representación puede, efectivamente, ser reencontrada en la realidad concreta. Freud escribe: “(...) originariamente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado” (2014a, p.255). Esta afirmación subraya que la mera existencia de una representación implica, en cierta medida, la validación de su existencia en el mundo exterior.

Siguiendo esta línea de pensamiento freudiana, puede plantearse que el elemento excluido, mencionado más arriba, se forma precisamente a partir del juicio de atribución. Primero, el proceso implica la creación de la representación de aquello que es rechazado o excluido. Posteriormente, se produce un segundo efecto: el reconocimiento o afirmación de la existencia real del objeto al reencontrarlo en la realidad exterior. Así, el juicio no solo configura la exclusión, sino que también refuerza, de manera paradójica, la existencia del objeto rechazado, y ahora odiado, al considerarlo como una posibilidad real en el mundo externo, hacer coincidir con la realidad lo que fue representado, o sea, se le da existencia a aquello que a priori fue planteado en términos de atributos.

En un artículo, Fernández Miranda (2023) escribe “Notemos el carácter paradójico que tiene el lugar del enemigo: se desea su destrucción, pero esto significaría la disolución del lazo al interior de la masa” (párr.17). El lugar del *enemigo*... esos otros a los que se odia son justamente enemigos y no, por ejemplo, competidores, puesto que frente a estos últimos se abriría la posibilidad de un debate o discusión, es

decir un intercambio que pudiese resultar en otra cosa. En la misma línea, Sadin (2022) plantea que existe un otro que se erige como la figura capaz de romper las representaciones que uno ha construido sobre sí mismo, y que, justamente por esta razón, queda desde entonces destinado a ser encasillado sistemáticamente en una clasificación rígida. Con la creación de un enemigo lo que se persigue es el convencimiento de que la propia posición es la idónea y por eso los otros deben mantener las mismas creencias, y, de no lograrse este cometido, se busca eliminarlos. Sin embargo, lejos de eliminarlos, se insiste en sostener su existencia. Se trata de la construcción constante de un enemigo que reafirma al yo.

Las redes sociales son un terreno fértil en este sentido. ¿Por qué? Las plataformas digitales funcionan como prismas reverberantes que se retroalimentan constantemente de las interacciones de los usuarios con los contenidos que se presentan. Cada acción realizada, ya sea un “me gusta”, un comentario, un compartido, una conversación por chat o incluso el simple hecho de ignorar un contenido y pasar al siguiente, es registrada y transformada en datos. Estos datos permiten crear perfiles cada vez más detallados y específicos de los usuarios, adaptándose a sus intereses, preferencias y opiniones. Además, se cuantifican factores como el tiempo de visualización y el tipo de contenido con el que el usuario interactúa, lo que permite a los algoritmos aprender y ajustarse a las dinámicas de comportamiento de cada individuo.

Este proceso de retroalimentación continua no solo tiene como objetivo *personalizar* la experiencia, sino también mantener a los usuarios el mayor tiempo posible dentro de la plataforma. La lógica detrás

de esta estrategia es sencilla: mientras más tiempo pasa un usuario en la plataforma, más datos se generan, lo que permite que el algoritmo mejore su capacidad de ofrecer contenido dirigido, adaptado de manera cada vez más precisa a sus gustos y necesidades. A medida que la atención del usuario se sostiene, el sistema no solo le ofrece contenidos que considera atractivos, sino que también incrementa la cantidad de publicidad, creando un ciclo constante de recolección y análisis de datos. Se despliega todo el marketing que dice ‘esto es lo que querés’.

El algoritmo sopla viento a favor del odio, dado que lo fomenta ofreciendo el resguardo de una pantalla, a través de un recorte que se va realizando del mundo exterior, ‘eliminando’ todo aquello distinto, toda alteridad, que no coincide con uno mismo. O, en todo caso, el objeto odiado es mostrado y reafirmado en su condición de hostil o amenazante. Poco a poco, se va formando la masa, se puede pensar con lo que señala Mariano Caputo (2021):

Pero el sujeto jamás se encuentra solo ante la plataforma. Actúa en ella junto a otros sujetos y en la materialidad de la relación con esos otros se afirman las condiciones espaciales, temporales y lingüísticas de la subjetividad (...) está reconociéndose ideológicamente como sujeto singular, y la misma condición le reconoce a los otros sujetos de la plataforma. (p.187)

Además, las diferentes plataformas incentivan contenidos impactantes y provocadores, debido a su capacidad para generar reacciones intensas. Son moneda común la agresión, el insulto y la burla

del que no está alineado con las propias creencias. Se abre de este modo o, mejor dicho, *se cierra* un mundo exterior y hecho a medida que nos devuelve nuestra propia imagen, como un eco que reafirma al yo, a la vez que corrobora al otro como enemigo y el odio hacia la otredad. Esto permite establecer una identidad, la cual justamente depende de la existencia de ese objeto exterior que se odia y que, si bien a primera vista pareciera que se busca eliminar, en realidad se lo sostiene. Lo que aquí se pone en juego no es sólo una dinámica de exclusión, sino algo más complejo: la masa se sostiene en el odio compartido, pero el yo mismo depende de esa alteridad –odiada– para afirmarse.

Más allá de su función de cohesión, cabe interrogar por qué esa alteridad odiable se vuelve necesaria. Actualmente se vive gran parte de la cotidianidad en el contexto digital, pasando de publicación en publicación, de un comentario a otro, leyendo, observando y oyendo ecos, casi como prolongaciones de uno mismo desprovistas de toda negatividad. Pero esta realidad aparentemente reconfortante tiene un doble filo, porque si todo es yo, nada es yo, sino que se vuelve un plasma indiferenciado, el yo se convierte en una silueta reverberante y vacía de singularidad. No es posible sostener lazos con meros espejos o dobles, es necesaria una diferencia, una separación, y allí es donde aparece el odio. Este introduce una ruptura: no solo separa, sino que imprime una diferencia.

¿Por qué odiado? Esa diferencia necesaria podría contaminar la masa, perturbarla, por lo que es eyectada y sostenida en el afuera, en la alteridad, y se la odia. Recordemos que Freud (2013a) señala al odio como recurso para diferenciarse del objeto. El odio funciona como reconocimiento

rígido del otro, como lo que uno no es. A través de esta negatividad, se conserva su reverso positivo, lo verdadero, la conservación del yo y su singularidad. Por lo tanto, lejos de eliminarlo, como indicaba Freud, se alojaría al objeto y su alteridad desde el odio. Un ejemplo de esto son las personas que se definen a sí mismas como ‘anti-’ seguido de un adjetivo o sustantivo que indica pertenencia. Son aglutinados y definidos por aquello que odian, por lo tanto, es necesario mantener un lazo con ese objeto para posicionar el propio yo. Desde esta perspectiva, resulta interesante el análisis que Lebovits-Quenehen (2024) realiza del fanatismo como “compañero indisoluble de un pensamiento que hace del odio hacia el otro el fundamento de su accionar”. El fanático considera que su creencia es una obligación tanto para él como los demás, no un derecho suyo, sino un deber que pretende imponer a los otros. De ahí lo radical del accionar entre dos polaridades: los otros tienen que unirse o se los expulsa. Sin embargo, puede pensarse una tercera opción: sostener al otro como objeto odiado.

Se configura un doble lazo: hay un lazo de masa que se produce porque hay un mismo objeto odiado, al mismo tiempo que se establece una ligazón indisoluble entre el yo y el objeto odiado. No se limita a la repulsión y la separación, sino que hay algo que constituye al sujeto y lo liga con el objeto. Al odiar al otro, se establece una ligazón que implica la necesidad de su presencia.

### ¿ODIO SIN SALIDA?

Bien, hasta aquí queda ubicado, entonces, el odio como una especie de válvula de

escape al laberinto de espejos que puede crear un algoritmo, dando ilusión de que no existen mayores tensiones interiores. El sujeto puede encontrar una identificación con otros y ubicarse dentro de una masa como odiador de lo mismo. El yo, que corría peligro de diluirse entre sus propios ecos, en ese plasma indiferenciado, encuentra una alteridad, una diferencia que le permite resguardar algo de su singularidad y definirse, ‘no soy eso’.

En “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud (2017) señala que el Eros produce ligadura entre los humanos, dando lugar a las masas. Pero para que sea posible hay que ceder ante ciertas renuncias impuestas por las normas de la comunidad. Por lo tanto, hay cierto sacrificio del yo. Desde el nacimiento, a causa del desvalimiento inicial, el humano se ve enfrentado a las pautas de comportamiento social y múltiples exigencias morales. Justamente, Freud, al comienzo de aquel escrito, señala la complejidad de la relación con el otro de la siguiente manera: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo” (2017, p.67).

La situación general que se plantea en este ensayo señala que dicha complejidad se reduce, a través del odio, al otro como enemigo. Esto lleva a un empobrecimiento del lazo social, como también a una fragilidad, como lo señala Adela Costas Antola: “Si bien el grupo está aglutinado, la desconfianza reina también entre quienes lo componen por temor a ser acusado de traidor si muestran alguna vacilación o debilidad en la certeza que los une” (2021, p.132). Es un lazo lábil, pues no se funda en el reconocimiento recíproco sino en la amenaza constante de expulsión. La cohe-

sión que produce el odio es inestable, vigilante, defensiva.

Ahora bien, Freud, en su escrito sobre la guerra de 1915, destaca que “...los grandes pueblos, como tales, habían alcanzado (...) una tolerancia tal hacia sus diferencias que «extranjero» y «enemigo» ya no podrían confundirse en un solo concepto” (2013b, p.278). De este modo, la alteridad o lo ajeno al yo comienza a dilucidar otra modalidad, otro destino, que la de mera hostilidad.

Los términos de extranjero o extranjeridad, pueden remitir a lo que plantea Freud (2013c) en su conferencia “La descomposición de la personalidad psíquica” respecto al síntoma como un subrogado ante el yo, lo metaforiza como una *tierra extranjera interior*. Hace referencia a la parte que permanece “extraña” o “ajena” a nuestro yo, algo así como una especie de territorio no conquistado por la cultura o la moral. En este sentido, se puede proponer la siguiente articulación: existe una confusión, o incluso una fusión, entre lo ajeno y lo enemigo, que se convierte en el cimiento del odio como lazo. Por lo tanto, el odio como formador de lazo, al funcionar como perturbador de otras relaciones posibles con otros, podría considerarse, en ciertos casos, una manifestación sintomática.

En este marco, el análisis puede pensarse como una vía que consistiría en recuperar o reconocer algo de lo propio en lo extranjero, lo cual podría dar lugar a una diferenciación entre «extranjero» y «enemigo», facilitando otra modalidad de relación entre el yo y el otro. Siguiendo esta línea, Licovich (2025) retomando a Julia Kristeva plantea la siguiente línea de interrogación ¿cómo aceptar al otro, al diferente, al migrante si no nos recono-

ceamos primeramente como extranjeros a nosotros mismos? Podría afinarse aún más la pregunta: ¿cómo aceptar al otro en su diferencia –no tender a la homogeneidad u hostilidad– si no reconocemos cierta extranjería en nosotros? En la medida en que esa extranjería propia no es analizada, tiende a ser localizada en el exterior bajo la forma de un enemigo. El trabajo apuntaría a mover algo de aquella construcción rígida del otro, lo cual implicaría, a su vez, un movimiento en el propio sujeto. Entonces, Carina Licovich (2025) agrega que la posibilidad de asumir la propia alteridad, la extranjería propia, vuelve al extranjero algo menos amenazante. En este sentido, y teniendo en cuenta los planteos freudianos presentados, podría pensarse que el modo de elaborar este encuentro dependerá de la capacidad del sujeto de hacer algo distinto con su propia extranjeridad, no ya expulsándola bajo la forma de odio, sino alojándola como parte de su constitución.

Poder generar un movimiento libidinal donde el Eros domine el lazo con el objeto y con los semejantes no implica que el odio deje de existir, puesto que, como se fue exponiendo, forma parte de la constitución del yo. En todo caso, se trataría de encontrar un modo de abordaje más creativo o que permita construir otra cosa. La intuición literaria de Hesse (s.f) condensa esta operación al afirmar que “cuando odiamos a un hombre, odiamos en su imagen algo que se encuentra en nosotros mismos. Lo que no está dentro de nosotros mismos no nos inquieta” (p.182). En este punto, Lebovits-Quenehen (2024) propone pensar el psicoanálisis como un “antídoto” frente al odio, no en el sentido de erradicarlo, sino de impedir que se consolide como modalidad exclusiva de lazo. Allí donde el odio sueña con un mundo sin

diferencia entre sus individuos, el psicoanálisis sostiene la diferencia de cada sujeto como condición misma del vínculo.

## CONCLUSIONES

El odio ha adquirido una dimensión particularmente relevante en la era digital, donde las redes sociales y los algoritmos han transformado no solo la forma en que nos relacionamos, sino también cómo construimos lo propio y nuestra relación con la alteridad. A lo largo de este ensayo, se ha explorado cómo el odio opera como un mecanismo de lazo en un contexto donde la polarización y la fragmentación social parecen ser la norma. Se ha indagado cómo el odio no solo surge como una respuesta defensiva ante lo percibido como amenazante, sino que también se convierte en un lazo que une a individuos en masas cohesionadas por un enemigo común. Este proceso, potenciado por los algoritmos de las plataformas digitales, refuerza creencias y la construcción de identificaciones rígidas donde la alteridad es reducida a un objeto odiable que debe ser aparentemente expulsado o aniquilado, excluyendo cualquier forma de disenso o diferencia. Aclaremos, el odio no es un efecto secundario de la polarización digital, sino una forma de ligadura libidinal que el dispositivo algorítmico capitaliza y formaliza. No obstante, se vio que el odio no sólo separa al sujeto de lo que rechaza, sino que también lo une a otros que comparten ese rechazo, a la vez que, paradójicamente, lo mantiene enlazado al objeto. El *enemigo* se vuelve necesario para mantener la cohesión entre individuos y para afirmar su yo.

Sin embargo, es importante destacar que, si bien el odio puede ser comprendido

como un fenómeno originariamente constitutivo del sujeto, ello no significa que no pueda ser trabajado o resignificado. En el último apartado, surgió la hipótesis de que el odio puede leerse como una manifestación sintomática. Desde una perspectiva psicoanalítica, el odio surge como una respuesta defensiva, pero también originariamente constitutiva. Defensivo, por lo tanto, no debe ser entendido como sinónimo de patológico. Se entiende entonces que el odio puede tener diferentes funciones a lo largo de la vida de un sujeto.

En este sentido, las redes sociales, a pesar del papel señalado como potenciador del odio, también podrían ser un espacio para fomentar el diálogo y la reflexión crítica, incluso como posibilidad de sublimación. En lugar de promover contenidos que generan odio y rígidas dicotomías, en las plataformas digitales, pueden encontrarse perspectivas diferentes y debates constructivos, pero para esto uno tiene que estar posicionado de forma tal que no busque atajar o eliminar lo diferente. Es decir, se trata de trabajar la incomodidad que genera, o puede generar, la alteridad.

En definitiva no se apunta a que el odio sea eliminado por completo ni tampoco se pretende llevar adelante una práctica de corrección en pos de una *vida funcional*. De hecho, forma parte de la condición humana y de la relación con el mundo exterior y los otros. Ahora bien, lo que sí es posible hacer es reflexionar sobre sus funciones y despliegues porque sus efectos pueden ser de interés para el ejercicio del psicoanálisis.

Desde nuestra perspectiva, el odio no puede ser abordado únicamente como fenómeno descriptible o como dato sociológico en tanto incide en la economía libidinal y la constitución misma del lazo.

Como señala Lebovits-Quenhen (2024), el ejercicio del psicoanálisis supone la existencia de un estado de derecho que garantice que la palabra pueda ser enunciada libremente. Las formas de lazo que se organizan en torno al odio pueden erosionar esa condición. En este sentido, la expansión de formas de lazo sostenidas en el odio introduce una tensión que interpela la práctica analítica.

Allí donde el odio tiende a fijar al sujeto a una posición rígida frente a lo extraño —en los otros y en sí mismo—, el análisis abre la posibilidad de que esa posición sea interrogada. En *El placer de odiar*, William Hazlitt (2022) convierte el odio en objeto de escritura y reflexión, produciendo un desplazamiento que puede leerse como una forma de sublimación: allí el odio no desaparece, se transforma en literatura. Al transformar el odio en objeto de pensamiento, está trabajando con él, incluso en su ambigüedad ya está produciendo un movimiento.

Lebovits-Quenhen (2024) propone una vía ética donde el sujeto pueda tener en cuenta la alteridad, consentir componer con ella *como* con él mismo, y desprenderse del sometimiento que el odio ejerce en él. Por tanto, se trataría menos de erradicar el odio que de introducir una torsión en su destino.

## REFERENCIAS

- Caputo, M. (2021). La singularización de lo igual: Las interpelaciones al vecino y a la persona común en plataformas de participación. *Avatares de la Comunicación y la Cultura*, (21). Recuperado de [https://www.academia.edu/57378236/La\\_singularización\\_de\\_lo\\_igual\\_Las\\_interpelaciones\\_al\\_vecino\\_y\\_a\\_la\\_persona\\_común\\_en\\_plataformas\\_de\\_participación](https://www.academia.edu/57378236/La_singularización_de_lo_igual_Las_interpelaciones_al_vecino_y_a_la_persona_común_en_plataformas_de_participación)
- Cevasco, R., & Zafropoulos, M. (2001). Odio y segregación: Perspectiva psicoanalítica de una oscura pasión. *Acheronta*, (13). Recuperado de <https://www.acheronta.org/acheronta13/odio.htm>
- Costas Antola, A. (2021). El poder unitivo del odio: Sus efectos en la subjetividad. *Psicoanálisis*, vol 43, n°1-2, pp 125–135. Recuperado de <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2021/11/11.-COSTAS.pdf>
- Eco, U. (2010). *El cementerio de Praga*. Barcelona: Lumen.
- Fernández Miranda, J. (2023, abril 6). El odio como material aglutinante de las masas actuales: El yo y el otro en las redes sociales. *Página12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/538227-el-yo-y-el-otro-en-las-redes-sociales>
- Freud, S. (2013a). De guerra y muerte. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013b). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013c). Conferencia 31: La descomposición de la personalidad psíquica. En Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. XXII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2014a). El porvenir de una ilusión y El malestar en la cultura. En *Obras completas* (Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2014b). La negación. En *Obras completas* (Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2017). Más allá del principio de placer, *Psicología de las masas y*

- análisis del yo y otras obras. En *Obras completas* (Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hazlitt, W. (2022). *El placer de odiar y otros ensayos*. Buenos Aires: 17grises editora.
- Lebovits-Quenhen, A. (2024). *Actualidad del odio*. Olivos: Grama Ediciones.
- Licovich, C. (2025, junio 23). El extranjero nos habita: Una cuestión del sí mismo. *El Psicoanalítico*. Recuperado de <https://elpsicoanalitico.com/2025/06/23/el-extranjero-nos-habita-una-cuestion-del-si-mismo/>
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano: El fin de un sentido común*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.

## VICTORIA LUISETTI

Psicóloga, graduada en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario.